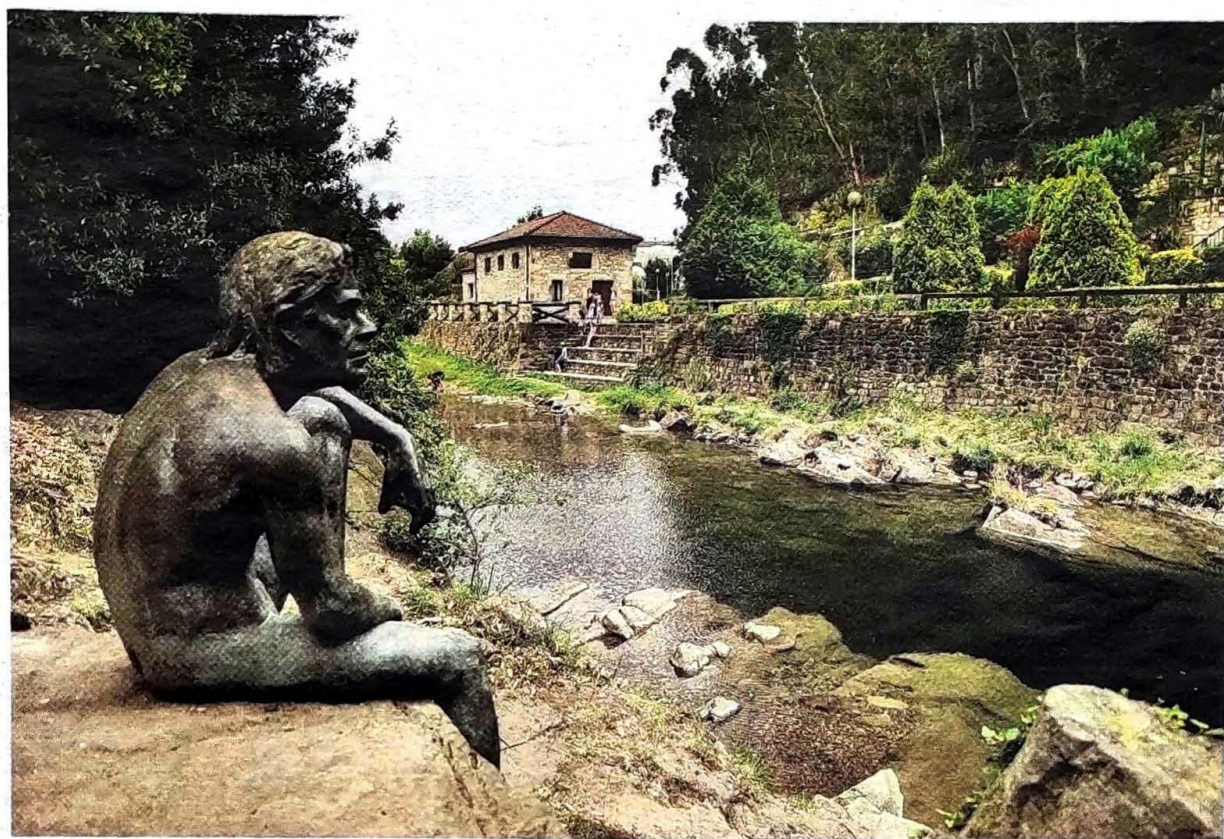


En el siglo XVIII se produce una de las transformaciones literarias que se acompañan con providencial oportunidad a la nueva mentalidad moderna. El héroe narrativo pasa de ser un pícaro en busca de fortuna a ser un inocente en busca de la felicidad marginal; su actitud ya no consistirá en proclamar audazmente ese 'sálvese quien pueda y yo el primero', que ponía en entredicho moral el pensamiento individualista que liquidó al medievo; empieza ahora a aparecer un tipo de héroe diferente, capaz de vislumbrar augurios preocupantes para la especie humana, que no parece digerir siempre con naturalidad las novedades que se suceden en el umbral de la edad moderna. Así, la pérdida progresiva de vinculación con la naturaleza, la llamada del gregarismo urbano (por doquier se utiliza el apelativo 'ciudadano') y la obsesión por sistematizarlo todo en aras de un afán científico va configurando, a la contra, a este héroe novelesco que prefiere salir del mundo, vivir de espaldas a las madejas sociales. Ya en la segunda parte del Lazarillo, el protagonista, convertido en atún, exclama: '¡Viva el gran mar y los moradores de él, y mueran los que habitan la Tierra!'. La proclama excitada la dice quien quería arrimarse a los buenos para prosperar y anticipa a héroes solitarios como Robinson Crusoe o, más adelante, Nemo, el enigmático protagonista de la novela de Verne, arquetipos que ya desconfían de cuanto ocurre en tierra firme. Y a medida que se acerca el siglo XX van surgiendo otras novelas en que el alejamiento del género humano lleva a los héroes (el Mowgli de Kipling, el Tarzán de E. Rice Burroughs) a engarzarse de nuevo con el mundo animal en el espacio de la selva, considerada desde el refinamiento de la cultura ilustrada como el lugar opuesto a la civilización. Todos ellos, entre otros, se adelantan sin suponerlo al héroe solitario, de espaldas a la comunidad, de novelas fundamentales del siglo XX: la misantropía de Meursault, la angustia inconcreta de Horacio Oliveira, el desgarrado de lo excesivo en el cónsul Firmin.

Bajo esta misma clave de héroes sin arraigo, que fundan la personalidad del héroe moderno, podría leerse 'El hombre pez', la reciente novela de José Antonio Abella, quien urde con asombrosa solvencia la historia tantas veces relatada de aquel muchacho cántabro del siglo XVII, Francisco de la Vega, que se echó al mar en el Cantábrico y años después fue apresado en Cádiz por unos pescadores que lo tomaron por un pescado de apariencia humana, lo que originó la leyenda de una criatura híbrida, escamosa, de idioma inin-



Escultura dedicada al hombre pez en el río Miera a su paso por Liérganes (Cantabria). :: AGLAY72

Resurrección del hombre pez

teligible y capaz de vivir en alta mar; un adelantado de aquellas criaturas salvajes (como el de la película de Truffaut) que en último término replantean la escisión irreparable entre barbarie y civilización.

La novela de Abella —quien ya manejó con pericia de fabulador el sustrato documental en narraciones suyas anteriores, sobre todo en la deslumbrante 'La sonrisa robada'— resiste muy bien entre lo constatado y lo imaginado y entre las distintas inercias de los géneros narrativos sin perder equilibrio sutil. Es, desde luego, una novela picaresca con

una fuerte contextualización crítica (el episodio inicial del exorcismo no está exento de un sarcástico ajuste de cuentas con la intolerancia eclesiástica; y las alusiones al hambre en la España de Felipe IV alcanzan cotas hilarantes en esa descripción hiperbólica de las copiosas viandas para una recepción real); participa asimismo de la vertiente documental que precisa toda novela histórica (las distintas voces narrativas recrean con estricta verosimilitud registros expresivos de la época: la noticia, el memorial, la carta...). Pero es la peripecia del hombre pez, narrada con economía y agilidad expresivas muy próximas a aquella envidiable soltura barojiana, la que va trazando un perímetro que termina por hacer del protagonista uno de aquellos héroes antes aludidos que encuentran desengaño e incompreensión en el mundo humano y deciden dejar de pisar tierra firme. Un pícaro habría tomado esas vici-

situdes como purgativas lecciones necesarias para alcanzar prosperidad; sin embargo, Francisco, todo candor y ensimismamiento, renuncia a esa lucha voraz por la vida y se esfuma para siempre, pues «toda esa sabiduría natural que le permitía sobrevivir en el mar era también un obstáculo para retornar a la tierra de los hombres, de la que cada vez estaba más lejos».

Surgieron así en numerosas narraciones esas figuras derrotadas —el naufrago, el exiliado, el salvaje...—, verdaderos albatros 'avant la lettre' que no se manejan en los dominios terrestres de los hombres y son los primeros 'outsiders' que renuncian a las pompas de la civilización, justo en el momento en que la vida entra en un proceso de racionalización, de progreso científico, de principios utópicos sociales. En cuanto a nuestro hombre pez, elige para desaparecer el agua —donde, rememorando a Amadís y a Lázaro, ha-

CEREZAS
EN EL
ESCONDITE

TOMÁS SÁNCHEZ
SANTIAGO

bía nacido— y trata de sobrevivir en la patria del mar, «su refugio en el mundo, no un camino de paso hacia otro sitio [...] sino el destino concreto para el que había nacido», como se lee en la novela. En la estela de los episodios de mitología fluvial (Ulises, Jonás, Moby Dick), 'El hombre pez' va aún más allá, en busca de una pérdida vinculación mágica y radical con el origen de las especies. Pierde en ello modales humanos, abandona la voz, se olvida de los significados de las palabras, se alimenta de pescados crudos, entra en relación amorosa con delfines... Se va, se va para siempre este rapaz de Liérganes incapaz de soportar la condición humana, desechada ya la armonía con el resto de las especies.

Cualquier lector tiene derecho a tomar una novela en la frecuencia que él advierta. Sin duda, la narración de José Antonio Abella permite ir más allá de la mera recreación de una leyenda que estaba incompleta. El narrador, tal vez aplicándose lo que él dice de su personaje («saber sin pensar, pensar sin saber») ha expuesto un jalón más en el itinerario de los mejores héroes novelescos, los que se alejan de sus congéneres con intuición decisiva, convertidos en barones rampantes, como en la fábula de Italo Calvino, que deciden no ocupar sitio ninguno en el juego tóxico en que —y ya lo preveían ellos— se ha ido convirtiendo la existencia.

**Cualquier lector
tiene derecho
a tomar una novela
en la frecuencia
que él advierta**

